

# *¿Qué es la economía popular? Experiencias, voces y debates<sup>1</sup>*

María Jimena Irisarri<sup>2</sup>  
mjirisa@criba.edu.ar

Dévora Isolda Eliosoff<sup>3</sup>  
devora.eliosoff@uns.edu.ar

La pregunta sobre qué es la economía popular que titula el libro es sumamente relevante por la presencia social, institucional, intelectual y académica que ha adquirido en los últimos años. Esta publicación de fines de 2021 persigue dos objetivos fundamentales que cumple sobradamente. Por un lado, contribuir al estado de la discusión en relación al concepto polisémico y complejo de economía popular (en adelante EP), sus particularidades, proyecciones y dificultades, abordado desde los propios partícipes, militantes, como así también desde la reflexión intelectual. Pretende además, ser un libro de intervención política. En la introducción, Miguel Mazzeo y Fernando Stratta advierten que si bien este fenómeno ha adquirido mayor visibilidad, que le ha permitido a quienes conforman ese universo alcanzar ciertos derechos y lograr determinadas reivindicaciones, también los inserta en un sistema de intercambios desiguales, con lógicas dispuestas por el Estado o el mercado, donde tienen un rol subordinado.

Los autores cuestionan algunas tendencias que dificultan su entendimiento, ocultan las asimetrías, y las relaciones de explotación y dominación en que se desenvuelven. Entre ellas, aquellas que lo despojan de su materialidad al poner el foco en los aspectos socio-culturales y las que lo aíslan de entornos más extensos, al centralizarse sólo en las unidades de la EP, en función de ello, proponen una mirada macro y multiescalar del tema.

En tal sentido, establecen diferencias entre su opción por la EP, frente a otras como la “economía social”, “socioeconomía solidaria”, “economía social y solidaria” o “economía del trabajo”, que apelan a un actor social subalterno que no plantea un sector orgánico alternativo al capitalismo; que tienden a promover entornos "para-capitalistas" subordinados; a sobredimensionar el carácter pasivo de las estrategias de adaptación de las clases oprimidas; y a priorizar actividades generadoras de ingresos como respuestas automáticas y de emergencia ante el desempleo y la pobreza. La EP cobra en cambio una dimensión diferente,

---

<sup>1</sup> Reseña del libro de Mazzeo, M. y Stratta, F. (coords.) (2021). *¿Qué es la economía popular? Experiencias, voces y debates*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, El Colectivo.

<sup>2</sup> Profesora Adjunta e Investigadora de la Universidad Nacional del Sur, Departamento de Economía, Bahía Blanca, Argentina, Magíster en Política y Estrategia (UNS) y Doctora en Historia (UNS).

<sup>3</sup> Asistente de Docencia de la Universidad Nacional del Sur, Departamento de Economía, Bahía Blanca, Argentina. Psicóloga Primer Nivel de Atención de la Salud (MBB), Licenciada en Psicología, Magíster en Salud Comunitaria (UNS), Doctoranda en Ciencias Sociales (UBA).

al presentarse como un conjunto de praxis colectivas con potencialidades contra-hegemónicas y propuestas distintas al modelo imperante.

La reproducción social aparece como el rasgo determinante de la EP y así se subordina a la economía capitalista convencional. Un desafío que proponen los autores es pensar la articulación de las tareas productivas y reproductivas.

En una segunda parte del libro, se presentan fragmentos de entrevistas (a partir de un cuestionario común) que se realizaron a diecisiete personas de diferente procedencia e inserción en la temática, organizadas en cuatro preguntas-ejes: ¿Qué es la EP? ¿Qué desafíos tiene? ¿Cuál es el rol del Estado para favorecer su desarrollo? ¿Qué aspectos culturales son valiosos de la EP y cuáles son las formas de organización más aptas para representar sus intereses?

En el primer capítulo se realiza una auto-presentación de los y las participantes. Las experiencias asociativas de las que forman o han formado parte son variadas, desde fábricas recuperadas, cooperativas, proyectos territoriales autogestionados o articulados con organismos del Estado, espacios de comercialización, editoriales, escuelas de formación y universidades, dependencias públicas relacionadas con la EP, militancia barrial y movimientos piqueteros. Territorialmente se insertan en entornos urbanos, periurbanos y rurales, donde se destaca la inclusión del campesinado, representantes indígenas, así como del movimiento feminista. La parte más numerosa de las experiencias remite a la provincia de Buenos Aires, con mención de dos proyectos en Mendoza. No obstante, las filiaciones y recorridos de algunos/as entrevistados/as, los vinculan activamente con proyectos de otras provincias argentinas, países latinoamericanos, africanos, asiáticos y europeos.

En el segundo capítulo se invita a pensar qué entienden por EP. Las respuestas dan cuenta de un sistema o un concepto en construcción en cuanto a su definición, amplio, debatible, con una carga importante de ambigüedades no resueltas y donde las tensiones centrales giran en torno al tipo de economía alternativa que se busca, quiere o pretende. La inclusión dentro de la EP de diferentes y variadas experiencias vinculadas a la producción y a la reproducción de la vida de gran parte de la fuerza de trabajo por fuera de las relaciones salariales, no hace más que subrayar esa diversidad y heterogeneidad. Por tanto, una de las propuestas es justamente el uso en plural del concepto, las economías populares.

Por otro lado, los programas de formación al interior de las organizaciones, así como los recorridos biográficos de los y las trabajadores por espacios diversos tanto por fuera como dentro de la EP, se plasman en discursos críticos, reflexivos, con riqueza conceptual y en una permanente oscilación entre lo real y lo posible como horizonte. Entienden que sus experiencias de lucha y organización gestadas al interior de las organizaciones los erige en sujetos políticos en transición hacia otra economía posible. Se subjetivan como portadores de roles claves, valorados y esenciales dentro de la sociedad (aunque depreciados por el conjunto social). Reconocen en la organización una herramienta para construir formas alternativas de esa “otra economía”, en los territorios, “desde nosotros mismos”, “sin patrón” y con “mecanismos horizontales”, priorizando los modos de encontrarse. Sin embargo, la “precariedad” con que se adjetiva a la EP remite a que sus actividades de autoconsumo o

mercantiles no conllevan un salario como contraprestación, son realizadas la mayoría de las veces en forma artesanal y con escaso uso de tecnología, deficiente financiamiento y dificultades para acceder a la capacitación.

En este marco, la EP puede definirse como uno de los tres subsistemas de la economía, junto a la economía empresarial-privada, y pública. Asimismo como el sistema de trabajo de los excluidos del mercado laboral y orientado por una lógica de reproducción de la vida y no del capital. De igual modo, como el conjunto de actividades económicas creadas por los mismos trabajadores y por fuera de las relaciones de dependencia y de las regulaciones del Estado, donde dichas prácticas sociales pueden precisarse como actividades económicas distintas a la forma de producción dominante.

En este sentido, representa la única opción posible en una sociedad que no requiere de la fuerza de trabajo para ser empleada bajo relación salarial. También como alternativa en construcción, formas de resistencia que le disputan sentido a la sociedad de consumo y que proponen un modelo de producción y consumo a escala humana soberana, en armonía con la naturaleza y transformadora de la realidad cotidiana. No faltan concepciones más pesimistas que la señalan como opción fallida de definir un espacio económico con identidad propia, en tanto inexorablemente la gran mayoría integra un eslabón de una cadena de valor de la economía capitalista.

Sobre quiénes integran el universo de la EP, las respuestas no son unívocas. La Unión de Trabajadores y Trabajadoras de la Economía Popular (UTEP) y otros actores afines asignan mayor importancia a la pertenencia social, y los identifican como los “excluidos” – como se los concebía en la década del ‘90– del sector económico hegemónico. Otras veces los reconocen como parte del proletariado que, en el actual contexto capitalista, no son requeridos siquiera como mercancía pero necesitan trabajar para sobrevivir.

Finalmente, coinciden en el análisis de esta “otra economía” como un fenómeno emergente en el capitalismo “voraz” de la etapa actual de desarrollo neoliberal, como el producto del fracaso de la globalización capitalista en su imposibilidad de incluir a los trabajadores en sistemas formales. Aseguran en tal sentido que trabajo hay por demás, falta empleo. Su emergencia responde por tanto a una situación real, actual, que no tiende a desaparecer y cuyo crecimiento es irreversible.

El tercer capítulo interroga a las y los participantes respecto de si es posible, en el marco actual, el desarrollo de un sector vinculado a la EP. Retomando lo tematizado en el capítulo anterior, las respuestas coinciden en el diagnóstico de entender a la EP como consecuencia directa de esta economía capitalista periférica y extranjerizada. Su escenario actual se relaciona particularmente con una realidad de subsistencia. Históricamente, la mayoría de las experiencias surgieron relacionadas a sectores pobres de la población y ligadas a lógicas de sobrevivencia, especialmente respecto de la alimentación. En una segunda fase comenzaron a organizarse y defender sus derechos, hasta finalmente concretar una tercera fase, excepcional, de organización productiva sobre la base de nuevas relaciones sociales y laborales no ligadas al consumo. Las y los entrevistados mayormente sostienen que la EP es un hecho y no una posibilidad, “está ocurriendo”. Las pocas disidencias postulan que

únicamente una fuerte apuesta política encaminada a superar la concentración y las desigualdades existentes, podría asegurar el desarrollo de la EP. Respecto de la relación con el sector privado, algunas de las experiencias apuestan por la articulación (cooperativas junto a empresas) o se consideran sin más como parte de la “economía real”. Finalmente, otras miradas enfatizan su aspecto de subordinación actual a la economía concentrada.

En varias de las respuestas fue mencionada la situación de pandemia que visibilizó el universo de personas que sobreviven diariamente dentro de este sector, y las nuevas prácticas y formas de trabajo que pudieron organizarse. Las áreas potenciales de desarrollo remiten a las propias ciudades, la construcción de viviendas o la producción agroecológica, enmarcadas en un modelo de desarrollo soberano, promoviendo valores solidarios y asociativos. Con referencia al trabajo agropecuario, reivindican como estratégica la producción de alimentos sanos en pequeña escala y “en transición agroecológica”, capaz de romper con el modelo extractivista agroexportador.

Por último y en lo que se refiere a las herramientas para la construcción y desarrollo de la EP, las distintas voces rescatan la creación de experiencias alternativas a través de redes, entramados, con eje en lo territorial y a escala local, focalizando en los productores regionales e incorporando maneras respetuosas de relación con el ambiente. Es allí donde toman valor las personas y se acortan las distancias, aspectos que se materializan en vínculos cercanos. Enfatizan la situación particular de Argentina, donde históricamente los sectores populares han acumulado una tradición de lucha y organización no sólo obrera, sino también vecinal, territorial y comunitaria. Esa tradición amplía los actores de la alianza e incorpora a sus desafíos a los movimientos sindicales, obreros y de igual manera a los feminismos, las luchas indígenas y campesinas por la tierra y el territorio. Verdaderas estrategias destinadas a tejer alianzas políticas con aquellos actores sociales que comparten los intereses por el vivir bien. Se trata de articular la disputa por la reapropiación de la riqueza socialmente producida. Ser un actor político es reconocerse con capacidad de lucha por lo común para la transformación social.

El cuarto capítulo está dedicado al rol del Estado. En primer lugar, se interroga cuáles son algunas de las vías que creen que pueden ayudar a resolver el problema del financiamiento de los proyectos de la EP. Se observan dos posturas diferentes respecto al tema. Una afirma que el acceso al crédito es un problema que tiene la EP al no estar reconocida como sector económico. Rescatan que durante la pandemia, la banca pública instrumentó por primera vez una herramienta crediticia para la economía autogestionada con condiciones bastante favorables, pero con alcance limitado. Se mencionan asimismo algunos mecanismos que se aplicaron en el pasado que podrían reutilizarse en la actualidad, como el sistema de cajas de ahorro mutuo, el subsidio para el desarrollo de proyectos, microcréditos y mesocréditos (bancarios y no bancarios), con montos adecuados a la envergadura de los proyectos y acompañamiento del Estado. Una alternativa propuesta es la formación de fondos rotatorios de diferente origen (público, organizaciones no gubernamentales, empresas) que den financiamiento no bancarizado a la EP, gestionados o controlados por las propias organizaciones. Aparece en este eje otra postura diferente que sostiene que Argentina cuenta

con un sistema financiero público potente como para invertir en este sector, lo que faltan son proyectos sustentables a financiar, trasladando el foco del problema hacia los destinatarios más que al origen.

La otra pregunta que guía el capítulo, es qué acciones (leyes, medidas) puede encarar el Estado para favorecer el desarrollo de la EP. La heterogeneidad de opiniones es notoria. Las más numerosas tienen que ver con la elaboración de disposiciones nuevas (que reactiven la demanda agregada, la capacitación e investigación, la generación de espacios para la oferta de productos, la mejora habitacional y las condiciones de vida rural, el acceso a los bienes y servicios básicos, la protección ambiental, la soberanía alimentaria, etc.); luego aparecen otras opciones que procuran la ampliación de las leyes/derechos a otros sectores no incluidos (sobre todo en la cuestión de lo laboral, en los créditos y en la flexibilización de las normas), y en menor proporción, con el cumplimiento de las existentes (sólo proponen el efectivo acatamiento de la ley de Góndolas respecto a la EP). Agregan que para que las medidas sean eficientes, es importante conocer los números vinculados a la EP y hacer políticas en contexto, con participación ampliada.

El último eje del libro apunta a la cultura y la organización, con dos preguntas disparadoras. La primera refiere a qué aspectos culturales (tradiciones, saberes) consideran valiosos para el desarrollo de la EP y, si existe el riesgo de que se la encasille en una ideología de pequeños productores independientes. La segunda interrogante alude a cuáles son las formas más aptas para representar los intereses de los sectores vinculados a la EP.

Para empezar, se acentúa el carácter crítico de la EP y sus diferencias con el microemprededurismo (al que califican de ideológico) o el cooperativismo liberal, que se adecúan al capitalismo. Rescatan que se trata de un sector que con medios de producción precapitalistas y sin salario, tiene que desarrollar una existencia, reproducir su vida. No debe ser igualada esta mirada con una economía de los pobres ni de los y las desempleados/as a quienes se otorga un subsidio para mantener la paz social. En contraposición, sostienen que la EP inventa el trabajo para la subsistencia de los que han sido descartados, pero también es una economía de la vida.

Esta vía alternativa contra-hegemónica, también tiene potencialidad de transformación en lo cultural y ambiental. La EP piensa desde valores comunitarios y solidarios como estructuradores de las relaciones sociales y económicas.

Respecto de si la EP corre el riesgo de ser encasillada en una ideología de pequeños productores independientes, las respuestas sostienen una visión amplia, que incluye a la economía social tradicional (cooperativas, mutuales, asociaciones), a las nuevas economías sociales (ferias populares, artesanales, clubes de trueque, redes de comercio justo, moneda social etc.), a los microemprededores, trabajadores asalariados, trabajo social, informal, individual, mostrando un universo vasto de experiencias.

Varias son las ideas aportadas en cuanto a la consideración de las formas más aptas para representar a los sectores vinculados a la EP. Por un lado, se diferencian tres esferas en torno a la organización: la sindical, donde la organización más representativa indicada es la UTEP. Otra es la productiva, unidades ejecutoras o de gestión, organizadas por movimientos

sociales, que buscan que el proceso de trabajo sea más creativo. La tercera es la organización comunitaria, en el territorio, que brega por mejorar las condiciones habitacionales para los barrios populares y la educación.

Se observa diversidad de criterios en torno a la sindicalización. Hay quien sostiene que la UTEP es un remedo de la organización de defensa de derechos de los trabajadores en el capitalismo que se busca superar. Se califica como incomprensible un sindicato de trabajadores sin patrón y que pretende no tenerlo nunca. Pero para la mayoría de los entrevistados, la UTEP puede aspirar a asumir el legado organizacional y a la vez apostar a la recreación de un nuevo tipo de sindicalismo: feminista y diverso, ecologista y transversal, territorial y comunitario. Un riesgo que corre es la estatización, la burocratización de la experiencia, el retorno a formas agotadas de organización social, la pérdida de la radicalidad política. Como oportunidades, se menciona la contribución a un nuevo sindicalismo, más democrático y participativo, menos corporativo y más integral.

Como epílogo del libro, Verónica Gago enuncia algunas distinciones para una definición dinámica de la EP, que sin desconocer su heterogeneidad, permiten hacer una lectura de conjunto del fenómeno. Sostiene que su existencia no es novedosa en el Tercer Mundo, pero presenta una temporalidad compleja. Conecta las rebeldías de los movimientos sociales con la cuestión obrera. Entre sus propósitos, busca asegurarse la reproducción, desconfinada más allá del hogar, en espacios impactados por el despojo provocado por el neoliberalismo. A la vez, reinventa la capacidad concreta de ganarse la vida por fuera de los ámbitos laborales tradicionales (fábricas, talleres) y consolida nuevas dinámicas de producción de valor y disputa por su apropiación. Agrega también que el movimiento feminista de masas argentino le fue imprimiendo redefiniciones sustanciales. No se trata de economías marginales sino de un fenómeno de mayorías, que busca generar nuevos espacios que desborden la clasificación binaria (formal/informal; producción/reproducción; circuitos productivos/comerciales).

Para finalizar nuestra reseña, creemos que si bien el libro está contextualizado en Argentina, con entrevistados/as mayoritariamente de ese país y bibliografía preponderantemente de esa nación, realiza un aporte fundamental a la EP en su doble propósito de problematizarla y politizarla, pero asimismo, proporciona herramientas para discutir, diferenciar y repensar este fenómeno a escala regional y continental.